

## CAPITULO XIX.

- « Mi primito el capitan,  
 » Imprudente y temerario,  
 » Recibió muy malamente  
 » A nuestro jóven soldado.  
 » ¿ Y por que ha sido sabeis  
 » Todo ese grande altercado?  
 » Por nada, una boheria,  
 » Como es un nombre y un grado.

( LA CONTIENDA. )

LOS circunstantes escucháron la leyenda con atencion, y diéron las gracias y el parabien á miss Wardour, como lo exigia la urbanidad. Solamente Oldbuck meneó la cabeza, y dijo que la ciencia de miss Wardour podia compararse á la de los alquimistas, pues habia sabido estraer una sana moral de un cuento ridiculo y absurdo. — Ya sé que es moda en el dia celebrar estas ficciones extravagantes, añadió; en cuanto á mí, tengo el corazon de un Inglés.

- « Asi puedo calcular  
 » Que, aunque Pero Botero  
 » Se escape de su caldero,  
 » No me llegará á espantar. »

— Con fostro permiso, mon pon señor

Oldenbuck, dijo el Aleman, miss Wardour afer pien ciertamente sacado pon oro de esta historia como de todo lo que toca. Ma la historia del demonio de Hartz con un gran arpol por paston, llefando una corona é una faja de hojas de rople, ser ferdadera, tan ferdadera como yo hompre de pien.

— ¡ Oh! con semejante garantía es preciso creerlo, dijo secamente el anticuario. Pero en este momento la llegada de un extranjero interrumpió la conversacion.

El extranjero era un lindo mozo de cosa de veinte y cinco años, en pequeño uniforme, elegante y marcial en su aire y su figura. Casi todos los presentes le conociéron al instante.

— Querido Hector, exclamó miss Mac-Intyre levantandose y presentandole la mano.

— Hector, hijo de Priamo, gritó el anticuario, ¿ de donde vienes ahora, sobrino mio?

— Del condado de Fife, tio, respondió el mozo. Y despues de haber saludado muy atentamente á toda la reunion, y particularmente á sir Arthur y á su hija: — Dirigiendome á Monkbarns para ver á vm., añadió, he sabido por un criado que le encontraria á vm. aquí con sir Arthur, y me he dado prisa en venir para tener el gusto de saludar al mismo tiempo á nuestros antiguos amigos.

— Y para conocer á uno nuevo, mi valiente

Troyano, dijo Oldbuck. Señor Lovel, he aquí mi sobrino el capitán Mac-Intyre. Hector, aquí te presento á mi amigo el señor Lovel, que espero lo será también tuyo.

El jóven militar fijó sus penetrantes ojos en Lovel, y le saludó con mas reserva que franqueza. Lovel notandole cierta frialdad que degeneraba en desprecio, le correspondió al saludo con tanta indiferencia como orgullo. Así, pues, desde el primer instante que se viéron, cada uno formó del otro un concepto desventajoso.

Lo que Lovel observó durante el tiempo que duró todavía aquel paseo, no contribuyó por cierto á que celebrara mas la llegada del nuevo compañero. Mac-Intyre se dedicó á obsequiar á miss Wardour con toda la galantería propia de su edad y de su profesion, aprovechando todas las ocasiones posibles de tener por ella aquellas pequeñas atenciones que Lovel hubiera dado todo lo que tenia para prodigarle, lo que no se atrevia á hacer por temor de ser importuno. No pudo dejar de experimentar, por consiguiente, sentimientos tan pronto de desesperacion como de despecho, al ver que el jóven y lindo capitán tomaba posesion de todos los privilegios de cortejo. Presentó á miss Wardour sus guantes, ayudó á ponerle el chal, y no se apartó un mo-

mento de ella en todo el paseo, separando del sendero todos los obstáculos que estorbaban el pasage, y ofreciendole el brazo cuando el camino era escarpado ó peligroso: hablaba únicamente con ella, y algunas veces tan bajo que no era fácil oír lo que decian. No ignoraba Lovel que todo aquel obsequio podia ser acaso el resultado de cierta galantería inspirada por el egoismo, que impele á los jóvenes del día á llamar la atencion de la dama mas hermosa de una reunion, como si los demas no fuesen dignos siquiera de sus miradas; pero creia distinguir en los agasajos del capitán Mac-Intyre un cierto no sé que, que indicaba una predileccion particular, capaz de escitar los zelos de un amante apasionado. Miss Wardour aceptaba sus obsequios, y aunque Lovel fuese bastante justo para conceder que no podia rehusarlos sin afectacion, sin embargo, el verse los admitir no dejaba de ser una herida cruel para su corazon.

El mal humor que le causaban estas reflexiones no era muy propio para hacerle tolerar el fastidio de las discusiones del anticuario que no le dejaba un instante, y escuchó con movimientos de impaciencia, que apenas podia disimular, una larga disertacion sobre todos los géneros de arquitectura claustral desde el tan macizo sajón hasta el gótico ele-

gante, y desde el gótico propiamente dicho hasta aquel estilo de arquitectura mista, adoptado bajo el reinado de Jacobo I, en cuya época, dijo el señor Oldbuck, todas las órdenes fuéron confundidas: eleváronse entónces columnas paralelas de toda especie, ó fuéron amontonadas unas sobre otras, como si se hubiese olvidado toda idea de simetría y perdido los verdaderos principios del arte en una nueva confusion de todas las reglas. — ¡Hay cosa mas cruel, exclamó con entusiasmo, que el espectáculo de los males de que uno ha de ser testigo por fuerza, sin tener facultad ni poder de remediarlos! — Lovel respondió á esta exclamacion con un suspiro involuntario. — Ya veo, mi jóven y querido amigo, continuó el anticuario, que su corazon de vm. siente lo propio que el mio, y que la vista de semejantes absurdos le hace sufrir tanto como á mí. ¿Los ha presenciado vm. alguna vez sin desear acelerar el fin de tan deshonoroso procedimiento?

— ¡Deshonoroso! repitió Lovel absorto enteramente en la idea que le ocupaba; ¿y en que?

— Quiero decir vergonzoso para sus autores, y para aquellos que deben presenciarlo.

— ¿Donde? ¿como?

— Por ejemplo en Oxford, donde un arquitecto ignorante y bárbaro tomó empeño en

reunir con un gasto terrible las cinco órdenes de arquitectura en la fachada del mismo edificio.

De este modo Oldbuck, sin sospechar que estaba atormentando á Lovel, le obligaba á concederle alguna atencion, del modo que un hábil pescador sujeta por medio de la caña los mas desesperados movimientos de su espirante víctima.

Volvian entónces al punto donde habian dejado los carruages, y no seria fácil decir cuantas veces, durante este corto tránsito, Lovel, incomodado de la infatigable charla de su digno compañero, dió interiormente al diablo de buena gana, ó á quien hubiese querido librarle del fastidio de oírle hablar mas, todos los órdenes ó los desórdenes de la arquitectura, inventados y combinados desde la construccion del templo de Salomon hasta nuestros dias. Sin embargo, un ligero accidente le hizo tomar un poco de paciencia, y calmó un tanto su disgusto.

Miss Wardour y el jóven militar que se habia constituido su chichisveo, precedian de algunos pasos á los demas de la compañía por el estrecho sendero que seguian entónces. Isabel, deseando probablemente reunirse con los demas, y acaso no andar por mas tiempo mano á mano con el capitán, hizo alto, y

aguardó que llegase el señor Oldbuck. — Quisiera preguntar á vm., le dijo, de que época datan estas interesantes ruinas.

Hicierase agravio al criterio y discernimiento de miss Wardour, suponiendo que ignoraba que semejante pregunta debía producir una respuesta un poco larga.

El anticuario en brasas, como un fogoso caballo de guerra al oír el sonido del clarín, se echó repentinamente en medio de los argumentos en favor y en contra de la fecha de 1272, que una obra reciente sobre las antigüedades arquitectónicas de Escocia designaba por la de la construcción del priorato de San Ruth. Espetóle el nombre de toda la cáfila de priores que sucesivamente dirigieron aquel establecimiento religioso, el de los nobles que le habían enriquecido con sus donativos, el de los reyes que recibieron los fúnebres honores en aquella iglesia destruida y arruinada en el día. Como una pajuela que se enciende no deja de comunicar el fuego á la que tiene al lado, el baronet, oyendo que Oldbuck pronunciaba el nombre de uno de sus ascendientes, entró de rondon en el detalle de las guerras que había sostenido, de las victorias que había ganado, de los laureles de que se había cubierto, en tanto que el doctor Blattergowl, tratándose de una concesión

de tierras, *cum decimis inclusis tam vicariis quàm garbalibus et nunquàm antea separatis*, emprendió una larga esplicacion acerca de la interpretación dada á esta cláusula por el tribunal de diezmos en un pleito que siguió poco tiempo ántes para aumentar la renta de su curato. Los tres contrincantes, parecidos á caballos corredores, se esforzaban para llegar cada uno al término que se proponía, sin mirar si impedía ó no el paso á sus competidores. El señor Oldbuck arengaba, sir Arthur declamaba, el ministro predicaba, y el todo ofrecía una estravagante mezcla del bárbaro latin de las concesiones feudales con la gerigonza del arte heráldico, y el lenguaje todavía mas arlequinado de que usaba el tribunal de diezmos de Escocia (1).

— Era, exclamó Oldbuck hablando del prior Adhemar, un prelado verdaderamente ejemplar, y segun la rigidez de sus costumbres, la severidad de las penitencias que se imponía, la caridad de que daba continuas prue-

---

(1) *The tiends court*. El tribunal de diezmos, aunque formado de jueces del de sesiones, ha ejercido siempre una jurisdicción distinta. Se reúne dos veces al mes; sus atribuciones son determinar la aplicación de los diezmos, la renta de los ministros, la división de una parroquia en dos, la construcción de las iglesias, etc.

bas, las enfermedades propias de su edad avanzada y de su vida ascética.....

Un ataque de tos que le interrumpió en aquel momento, permitió oír mas distintamente lo que decia sir Arthur de sus antepasados. — Llamabanle por sobrenombre el *Infierno armado*; su escudo era fondo gules, atravesado por una banda negra que nosotros hemos quitado mucho tiempo hace; pereció en la batalla de Verneuil en Francia, despues de haber muerto seis Ingleses con su propia mano.

— Dado el decreto de certificacion, dijo el ministro con tono lento, solemne y sostenido, que, aunque sufocado al principio por los gritos de los oradores mas vehementes, prometiale por mas adelante una ventaja sobre ellos: dado el decreto de certificacion, consideradas las partes como convictas por sus propias confesiones, parecia ser la prueba sumamente clara, cuando el abogado de la parte contraria pidió que se oyesen testigos para probar que los campos en que solia llevarse á pacer el ganado estaban libres de diezmos, lo que no era mas que un efugio; pues....

Pero aquí habiendo ya pasado á Oldbuck su ataque de tos, y cobrado aliento el baronet, empezáron á hablar juntos; y los tres hilos de la conversacion, para valernos del idioma de

los tejedores, se mezcláron de modo que ya no pudieron distinguirse.

Sin embargo, por poco interesante que fuese aquella algarabía, era evidente que miss Wardour la preferia á tener que ofrecer al capitán Mac-Intyre ocasion de entablar con ella una nueva conversacion particular. El capitán, despues de haber aguardado algun tiempo con un descontento que su orgullo no le permitia ocultar enteramente, la dejó entregarse libremente á su mal gusto, y tomando á su hermana por el brazo, dejó pasar á los otros, y se quedó un poco atras con ella.

— Encuentro, Mariquita, que vuestro trato, desde que os dejé, no es mas animado ni menos docto.

— Necesitábamos tu paciencia y tu cordura, Hector, para instruirnos.

— Gracias, hermana; pero me parece que la persona que habeis agregado á vuestra compañía le ha hecho ganar sino mas vivacidad, á lo menos mas cordura de la que habia perdido con la ausencia de tu indigno hermano. ¿ Quien es ese jóven Lovel, tan favorecido y obsequiado de nuestro tío, y que recibe sin embargo con tanta seriedad y afectacion á los estrangeros?

— El señor Lovel, hermano mio, es un jóven como debe ser.

— Sin duda, es decir que saluda al entrar en un salon, y que no lleva la casaca rota.

— Sus modales y sus razonamientos prueban que ha tenido escelente educacion, y que pertenece á una clase distinguida en la sociedad.

— Pero yo deseo saber cual es su oficio ó su empleo, de quien es hijo, cuales son sus derechos para presentarse en compañía de las personas que le honran y obsequian.

— Si quieres saber por que viene á Monk-barns, preguntaselo á mi tio que te responderá seguramente que es dueño de convidar á quien le da la gana; y si te diriges á sir Arthur, sabrás que ese jóven ha hecho tanto á él como á su hija el mas señalado servicio.

— ¡ Como! ¿ con que es cierta esta novela que me han contado? Pero dime, hermana, ¿ el valiente caballero aspira, como es estilo en semejantes casos, á la mano de la hermosa de quien ha sido el libertador? Esto es muy natural en las novelas, y tal vez por este motivo he encontrado tan fria y seca la conversacion de miss Wardour miéntras la acompañaba, y he notado que volvia la cabeza de cuando en cuando, temiendo sin duda incomodar á su galan caballero.

— Querido Hector, si das pábulo todavía á tu amorosa pasion por miss Wardour....

— ¡ Si doy pábulo, Mariquita! ¿ y por que este condicional?

— Confieso que miro como inútil tu perseverancia.

— ¿ Por que motivo? Miss Wardour, hermana mia, en la situacion en que se encuentran los asuntos de su padre, no puede aspirar á un gran matrimonio; y en cuanto á la familia, me vanaglorio de que la de Mac-Intyre no es inferior á la suya.

— Pero piensa, Hector, que sir Arthur nos considera como de la familia de Monk-barns.

— Sir Arthur puede pensar lo que le dé la gana; pero todo el que tenga una pizca de discernimiento convendrá en que la clase de la muger se arregla por la del marido, y que mi genealogía paterna, que cuenta quince grados sin el menor borron, debe de haber ennoblecido á mi madre, aun cuando no corriese por sus venas mas que tinta y negro de imprenta.

— Por amor de Dios, Hector, cuidado con lo que dices; una espresion semejante referida á mi tio por algun indiscreto ó por alguna persona interesada en perjudicarte, te haria perder su gracia, quitándote toda esperanza de la herencia de sus bienes.

— ¡ Y que me importa eso? Ejerzo una